

permaneció hasta Septiembre de 1905 en que, como todos los años, por esa fecha, se trasladó a su hacienda de *La Data*, en el Monte Lentiscal, para pasar allí las vacaciones de verano, que no pudo terminar, porque una vieja dolencia renal se le agravó y le obligó a bajar y alojarse en Santa Catalina, en donde su enfermedad se fue agravando por días, sin remedio, hasta que en la madrugada del 27 de noviembre falleció asistido de su confesor y amigo el canónigo e historiador don José Feo Ramos. La capilla ardiente se instaló en su casa familiar de la calle de Cano, desde la que salió su entierro hacia el cementerio católico al mediodía del 28 de noviembre, acompañado de una multitudinaria cita de toda clase de personas, que en torno a su féretro, envuelto en la bandera nacional, quiso testimoniarle su admiración, respeto y afecto.

El gran periodista y escritor don Francisco González Díaz, en *Diario de Las Palmas*, en su edición del 30 de noviembre de 1905, le dedicó un breve y maravilloso trabajo necrológico, de verdadera antología, y del cual, al azar, entresacamos unos cuantos conceptos para que por su lectura los lectores puedan colegir sobre su alta calidad de contenido y expresión emotiva:

*Gran duelo para la milicia y la patria, que las confunde en el culto de las virtudes de un hombre nobilísimo, militar insigne, ciudadano benemérito. Militares y paisanos han formado hoy una solemne legión compacta a fin de escoltar hasta el cementerio el cadáver del general Pérez Galdós, cubierto de la bandera nacional. El nombre de Pérez Galdós, es, sobre todo, la expresión de la síntesis patriótica. Los dos ilustres hermanos, cada uno en su peculiar esfera, nos aproximan a la madre España e hicieron que el hogar canario se ensanchase hasta abarcar el hogar nacional. ¿Quién de nosotros no se atribuye alguna parte en el inmenso honor de que el primer literato de España sea un comprovinciano nuestro, el más alto, el más glorioso en las letras? ¿Quién no sintió orgullo de que fuera cosa propia la gloria de este príncipe del Ejército, el guerrero sin tacha, el caballero sin reproche, jefe firme y bondadoso, rígido y paternal, cuyo mando supremo en Canarias, no será nunca olvidado, ni podrá ser superado o excedido en beneficios y en aciertos? Y ahora derribado por la muerte el general Galdós, ¿quién de nosotros no le llorará como se lloran las grandes desgracias de familia que tienen honda repercusión más allá de las fronteras comarcanas?*

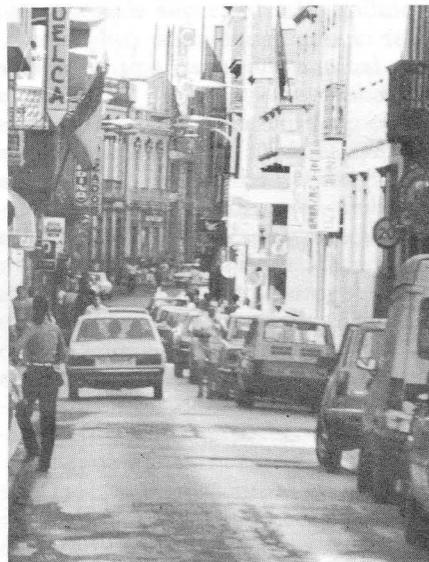
Por tanto, desde que don Ignacio consigue, después de sortear no pocas

encrucijadas políticas, su traslado desde Santander al gobierno militar de Las Palmas, por R.D. de 5 de abril de 1882, no ve colmados sus deseos de residir en su ambiente insular y ya desde la anterior fecha no vuelve a salir del Archipiélago, siendo Capitán General en dos etapas: 1.ª) De mayo de 1900 a octubre de 1901; 2.ª) De 30 de marzo de 1903 a 27 de noviembre de 1905 en que fallece en Las Palmas de Gran Canaria.

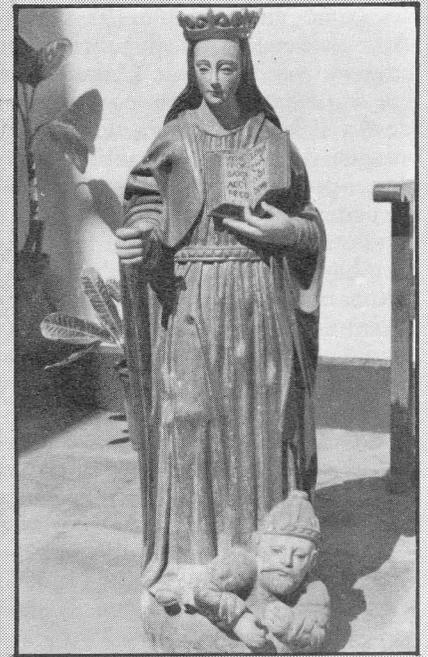
Deseo hacer por hoy punto y aparte y dejar para otra oportunidad la de manifestar y dar a conocer, por consiguiente, unas cuantas circunstancias que protagonizadas por este grancanario egregio, ponen de manifiesto su gran contenido de una personalidad humana tan destacada, dentro de su tónica de sencillez y alérgico a toda clase de exhibicionismos espectaculares, ya que fuera del cumplimiento de los deberes de su cargo, en las diferentes etapas de su recorrido vital, su mayor atractivo fue el permanecer en el recogido ambiente de su hogar, rodeado de unos pocos amigos y de sus familiares, porque en su caso, como apuntó el gran Cervantes, *Siempre la alabanza fue premio de la virtud y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados.*

Pero prometo volver sobre la figura de este canario singular, para intentar que los lectores puedan tener, acaso, una aproximada imagen de la figura de don Ignacio, por mi mediación, que después de las notas expresadas por el gran periodista y escritor canario don Francisco González Díaz, en su maravillosa oración necrológica, estas notas no pueden pasar de un intento de buena voluntad; pero si con ellas consiguiera remover el obligado recuerdo que debemos tributar a este canario egregio, me daría por muy bien retribuido.

JULIO JURENITO



Calle Cano. Domicilio de los Pérez Galdós



## SANTA CATALINA ORIGENES Y DESARROLLO DE UN POPULOSO BARRIO DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

A través del tiempo el nombre de Santa Catalina ha propiciado diversos topónimos en las islas Canarias. Entre otros, una aldea de La Guancha y un barrio en Realejo Alto, en Tenerife, y un caserío de Hermigua y un pago de Vallehermoso en La Gomera. Barriadas completas en ciudades como Santa Cruz de La Palma, La Laguna de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria.

Si bien este nombre comprende a varias santas de la hagiografía cristiana cuales la de Siena, introducido en Canarias por los padres dominicos y aún los de Bolonia, de Génova, de Ricci, de Suecia y de la española Catalina Tomás, es el de Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir que vivió a finales del siglo III y principios del IV (288-312), cuya efemérides se celebra los 25 de noviembre, el que originó el topónimo de Los Arenales de Santa Catalina situados al norte de la primera ciudad grancanaria.

La iconografía de Santa Catalina de Alejandría es abundante y conocida por las islas del archipiélago, figurando en tablas y lienzos cuales, en Gran Canaria en una que hubo en la ya desaparecida ermita de San Sebastián en Telde, otra en el Museo de Arte Sacro de Santiago de Gáldar procedente de la antigua ermita también de San Sebastián de dicha localidad y la pintura de estilo manierista de la escuela sevillana del si-

glo XVII en la catedral de Las Palmas así como en unos murales de Jesús Arencibia en la ermita de Santa Catalina enclavada en el Pueblo Canario. En la iglesia de San Sebastián en Santa Cruz de La Palma se venera una hermosa imagen de la santa, escultura de madera, policromada, estilo gótico flamenco, posiblemente del siglo XVI. En la iglesia de Betancuria, en Fuerteventura hay una bonita efigie de Santa Catalina, moderna, procedente de talleres levantinos. En la iglesia parroquial de Agüimes, Gran Canaria, se venera una pequeña imagen de la santa de Alejandría recientemente restaurada. En Tenerife, en la catedral de La Laguna se conserva una talla de madera, policromada, de esta santa, de manufactura tinerfeña perteneciente a escuelas del siglo XVII y en Tacoronte se venera una efigie también de Santa Catalina mártir, de madera, policromada, del siglo XVIII así como una custodia de plata con la misma representación. En Valverde del Hierro hubo hasta hace poco una imagen de esta santa. Y en la iglesia de Santa María del Pino de Las Palmas de Gran Canaria está una llamativa imagen de confección moderna, que representa a la santa con la palma del martirio en una mano y la otra apoyada sobre una seccionada rueda dentada o de cuchillos. Por último, en una de las dependencias del palacio obispal de la plaza de Santa Ana grancanaria se guarda una imagen de esta Santa Catalina de Alejandría, talla de un metro aproximado de altura, en madera de cedro, policromada, hoy apolillada y precisada de una buena restauración, muy posible de la escuela flamenca del siglo XVI, que procede de la iglesia parroquial de Santa Catalina radicada en el Colegio Salesiano de Ciudad Jardín.

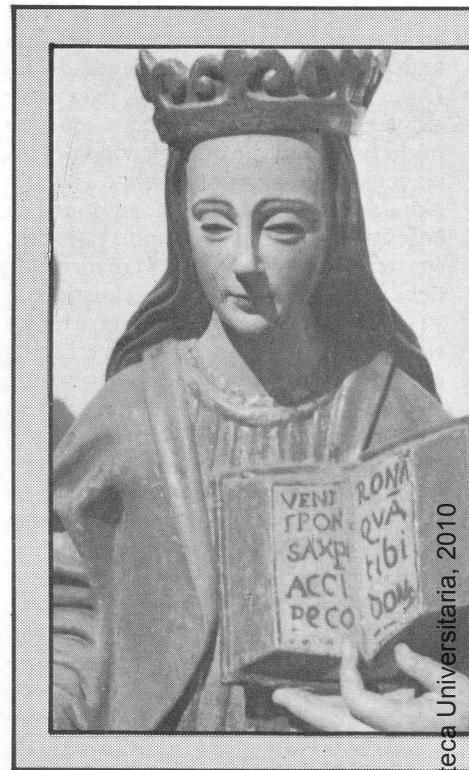
También Santa Catalina de Alejandría, virgen y mártir, se halla presente en el folklora canario, en los romances antiguos que en las islas se han estado cantando, en la música popular y, además, ha figurado como motivo para juegos infantiles.

Según indican todas las noticias al respecto aportadas por cronistas e historiadores de Canarias, la advocación de Santa Catalina de Alejandría fue introducida en el archipiélago cuando las expediciones de los mallorquines en el siglo XIV, entre los años de 1360 a 1390, por unos eremitas misioneros, de la orden de San Francisco según unos autores y de la de San Agustín según otros.

El primero que facilitó la noticia fue el cronista-soldado Antonio Sedeño contemporáneo y partícipe de la conquista de las islas que se culminó en 1496. Escribió que cien años antes, unos mallorquines entre los que viajaban varios frailes, tras desembarcar en Gran Canaria cerca de Telde y siendo

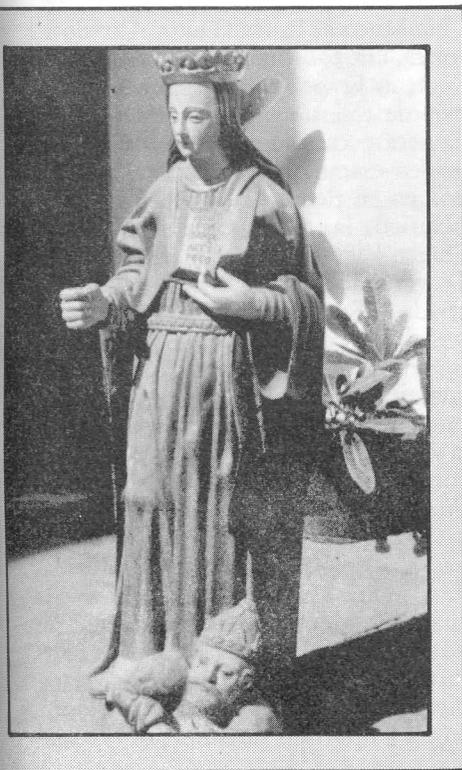
amigablemente recibidos por los indígenas, ... edificaron en esta isla dos iglesias, con el aparejo que tuvieron; la una de Santa Catalina, que está a media legua de la ciudad de Las Palmas y la otra en la aldea de San Nicolás, del mismo santo. Pusieron en ellas unos santos de bulto labrados toscamente, que son Santa Catalina y San Nicolás y San Antón. Abreu Galindo, Leonardo Torriani y el Padre José de Sosa, refrendados luego por Pedro Agustín del Castillo y José de Viera y Clavijo entre otros, abundaron en el dato, sin alterarlo sustancialmente. El inédito Marín y Cubas, que parece escribía bien informado a finales del siglo XVII, dijo que... *Esta memoria ha venido en los canarios de unos en otros*. Y, además, facilitó la noticia, desconocida o ignorada por los cronistas que le precedieron, que resulta un tanto sorprendente, de cuando la llegada a Gran Canaria de Juan Rejón y los castellanos que fundaron la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria: *La primera iglesia de la Real de Las Palmas fue San Antón, que era el designio que fuese San Juan Evangelista; mas los castellanos que iban por espías hallaron en unas casas canarias cerca de la Isleta, tapiadas, ciertas hechuras de imágenes, dos o tres, dicen: mas la que trajeron al Deán Bermúdez fue San Antón Abad, dorado y algo apolillado, que hoy está en la parroquia de Teror*.

El citado Pedro Agustín del Castillo, que escribía alrededor del año 1737, recordando las iglesias oratorios o ermitas erigidas por los evangelizadores frailes, informó que eran... *“La una en el Arenal del Puerto de esta ciudad de Las Palmas, de la advocación de la Señora Santa Catalina Mártir donde colocaran cuatro imágenes; la una de María Santísima, otra de San Juan Evangelista y la de Santa Catalina Mártir, ... que dejaran aquí y se hallaran por los conquistadores, las que duraron hasta el año de 1590 en que por ser su hechura tosca, fueron enterradas de orden del Sr. Obispo D. Fernando Suárez de Figueroa, en la ermita de Santa Catalina, que mantuvieron los canarios como las Santas Imágenes en veneración*. A esto habrá que añadir que si se enterraron las imágenes traídas por los mallorquines fue quizás tanto por considerárselas irreverentes debido a lo tosco de su factura, según opinión de la época, como porque, manteniéndose al culto en parajes solitarios y despoblados, existiese el temor continuo y creciente a posibles profanaciones de los corsarios herejes o protestantes que ya efectuaban incursiones piráticas a las islas Canarias. Aquella primitiva imagen de Santa Catalina fue más adelante



sustituida por otra más perfeccionada, acaso la que hoy se custodia en el obispado de Las Palmas.

Se cuenta también un pseudo episodio, aparentemente poco verosímil, pero que quizás indique el verdadero origen del topónimo de Los Arenales Huertas o Vega de Santa Catalina en Gran Canaria, como se vino conociendo a la zona ya desde los mismos tiempos de realizada la conquista y afincamiento de los castellanos en la isla. A finales de 1488 o principios de 1489, con motivo de la muerte violenta del Señor de la Gomera Hernán Peraza a manos de indígenas insurrectos, el Gobernador General Pedro de Vera, en represalia, además de dejar aquella isla anegada en sangre dio orden de ejecutar o vender como esclavos a todos los naturales gomeros que por el entonces residían en el Real de Las Palmas. Entre los condenados, figuraba uno muy robusto y corpulento, cristiano nuevo llamado Pedro Aguachiche, que salvó la vida al derribar horca y verdugo. Lo embarcaron y, lejos de tierra, arrojaron al mar; pero a las pocas horas reapareció en la playa, frente a las Isletas diciendo que se salvó de perecer ahogado por intercesión de Santa Catalina. Pedro de Vera, incrédulo e inflexible en su rigor amenazó a sus esbirros de tal manera que aquellos arrojaron de nuevo al infeliz reo al mar con una gruesa piedra atada al cuello. Y una vez más reapareció Pedro Aguachiche sano y salvo quien, seguido de buen número de admirados y curiosos se llegó a la casa del Gobernador dando loas a Dios y Santa Catalina, su salvadora en las profundidades del mar a la que afirmaba haber reconocido por sus vesti-



dos, espada y rueda, tal como aparecía representada en una tabla pintada vista por él en la Gomera. Perdonada al fin la vida del gomero aborigen, aquél señaló el sitio por donde tan providencialmente saliera de las aguas, por lo que dice Marín y Cubas... *Mandóse hacer allí iglesia a Santa Catalina de Alejandría. Hubo mucha devoción y venían a romería desde lejos. Aquí fue fábrica de los mallorquines y tuvieron iglesia con imágenes.* Es de advertir que, con pocas variantes, este tema lo trató alrededor del año 1590 el Padre Espinosa poniéndolo como el milagro cincuenta y tres en su historia de Nuestra Señora de Candelaria, aunque aplicándolo a dicha advocación mariana.

Tales fueron, con menos visos de verosimilitud en este segundo caso aunque fundada la narración del singular suceso tal vez sobre algún fondo real, los orígenes conocidos de la fundación de la primera y aun de la segunda ermita dedicadas a Santa Catalina y que por extensión ya desde entonces aportó el topónimo genérico a toda la zona costera y de erial de tipo desértico comprendida entre el istmo de las Isletas luego llamado playa de Guanarteme, la bahía del Confital con el puerto del Arrecife y la playa de Las Canteras, los cerros del poniente y la dilatada vega limitada al este por la playa de las Alcaravaneras y el mar y por el sur con las murallas de la fortificada ciudad de Las Palmas de Gran Canaria.

Aquella primitiva ermita..., que fue muy grande, todas paredes de siete cuartas de ancho y de alto de cuatro varas cubierta de tierra, que dijo Marín y Cubas, fue el oratorio más

antiguo alzado en Canarias, al menos de los que conste su existencia. En sus cercanías, tanto en las faldas del suroeste de las Isletas como al pie de los cerros y montañetas que limitaban el terreno por el oeste habitó en el pasado una importante comunidad isleña aborigen, tal como lo han demostrado los yacimientos arqueológicos por allí localizados.

Edificada la ermita por los misioneros mallorquines en el último cuarto del siglo XIV, derribada posiblemente algún tiempo después o abandonada y en ruinas cuando la llegada de Juan Rejón y sus tropas castellanas en 1478, reedificada durante el mandato de Pedro de Vera y arrasada e incendiada por los holandeses en 1599; aunque un poco más al oeste de su enclave inicial, frente a la punta de tierra que desde entonces se conoció como de La Matanza, fue levantada de nuevo el año 1613 y así subsistió hasta ir desapareciendo poco a poco bajo las arenas que en ingente cantidad llegaban desde unas bajas marinas frente de la Barra de Las Canteras.

En el primer cuarto del siglo XVIII se alzó *la otra ermita* como sustituta de la anterior tragada por el arrenal, bastante alejada del enclave inicial, a más de un kilómetro en dirección sur, con unos cobertizos al lado para vivienda del santero que la cuidaba y reposo de los romeros que la visitaban; en principio solitaria, entre huertas y eriales, aunque, paulatinamente y sobre todo a raíz de ser abandonada al culto a mediados del pasado siglo XIX, fue creciendo a su alrededor un conglomerado de fincas rústicas y algunas viviendas y luego hermosas mansiones de extranjeros hasta tal punto que el núcleo urbano acabó conformándose en lo que hoy se conoce como la Ciudad Jardín grancanaria. En el año 1957 acabó la ermita de ser restaurada al estar comprendida en el complejo arquitectónico del Pueblo Canario concebido por el proyectista Néstor de la Torre, a la vera del Hotel Santa Catalina ya inaugurado en 1890. Hoy, con los murales decorativos del pintor Jesús Arencibia ocultos, subsiste dedicada a otros menesteres ajenos a su objetivo inicial, de tal forma que son muchos los ciudadanos y ocasionales visitantes que desconocen su historia y, a veces, hasta su exacta ubicación.

En los planos que de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria se estuvieron confeccionando a lo largo del siglo XVIII, cual el de José de Ruiz de 1773 y en los del siglo XIX y principios del XX, a los terrenos en que se alza la vieja ermita se les denominaba en forma genérica, por su situación, Los Arenales y más en concreto a los de su extremo sur Vega o Huertas de Santa Catalina. También de Santa Catalina se denominó el castillo de fortificación edificado entre los años de 1629 a 1643 en la

Punta de La Matanza, al lado norte de la playa de Las Alcaravaneras. Y en su parte este, como de Santa Catalina se conocieron a unas fuentes termales, manantiales o pozos de aguas de propiedades curativas que a finales del pasado siglo y principios del presente llegaron a gozar de mucha fama y originaron un balneario muy concurrido en su tiempo de actividad, sobre todo de ingleses y otros extranjeros que apreciaban sus aguas de clorurado sódico-magnéticas útiles en males de dermatosis y trastornos de origen artrítico y cuyo establecimiento acabó transformándose en la actual clínica, asimismo denominada de Santa Catalina.

Salvo algunas humildes chabolas de pescadores situadas en la falda sur de las montañetas que conforman a las Isletas al fondo de la rada y alrededor del Castillo allí alzado ya a partir del año 1493, así como de la antigua ermita erigida a la Virgen del Rosario en conmemoración de la batalla de Lepanto y que luego se denominó de Nuestra Señora de La Luz, así como el mesón de Rosarito famoso por su acogimiento, ningún otro habitáculo humano hubo durante mucho tiempo por toda la extensa llanura que comenzaba allí donde se estrechaba el istmo cubierto por las aguas en épocas de temporales, barrida de los vientos y que de manera inexorable se fue tornando en gran parte desolado erial de apariencia desértica invadido por movedizas masas arenosas que formaban ondulantes y blanquecinas dunas.

Pero, ya en la segunda mitad del pasado siglo, en las orillas de la prolongada y apacible playa de Las Canteras y litoral de Guanarteme surgieron algunas edificaciones, viviendas de recreo junto a varias fincas de labranza, alrededor del camino real a Tamaraceite. Y, sobre todo, a impulsos de la creación del Puerto de Refugio de La Luz, más en concreto del Muelle de Santa Catalina y su prolongado dique de abrigo, cuyas obras se iniciaron en 1883, comenzó progresiva y determinante la urbanización del contorno, trazándose y abriéndose calles ya en 1900 que tuvieron como común punto de arranque la que llevó el nombre de Juan Rejón y luego la ascendente de la Isleta conocida en principio como Cuesta de las Mentiras o Camino al Faro, con sencillas casas y aun cuevas naturales agrandadas en la toba volcánica ocupadas por familias menesterosas procedentes de Lanzarote y Fuerteventura. Y el prolongado, casi rectilíneo camino real que desde las proximidades del Castillo de La Luz salvaba el istmo, atravesaba los terrenos ya destinados para un amplio Parque, el de Santa Catalina frente al arranque del proyectado muelle del mismo nombre y que proseguía hacia el sur bordeando el mar en dirección a la

alejada ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, por lo que se conocía como Paseo de las Victorias, hasta llegar a la Plaza de La Feria de extramuros.

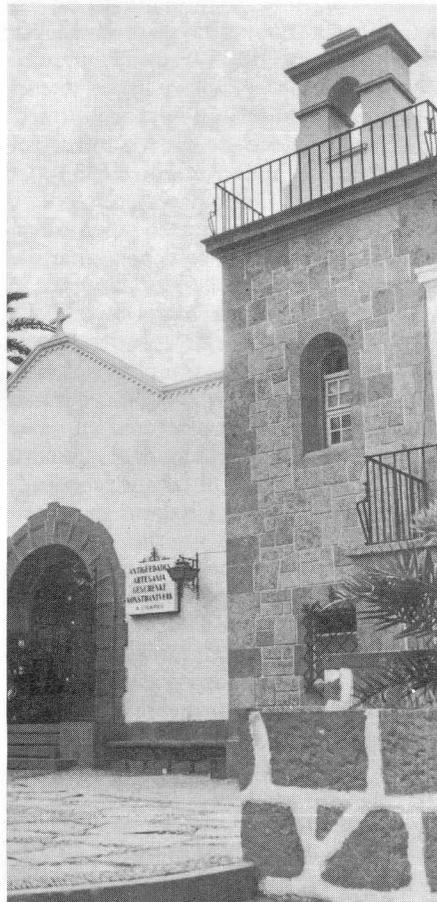
Por aquel entonces, al amparo de la buena época económica que se llegó a disfrutar en las islas merced al cultivo y comercialización de la cochinilla, dio comienzo también la expansión urbanística de la ya varias veces centenaria población constreñida entre las murallas que la fortificaban, desbordándose las nuevas viviendas más bien modestas, de un solo piso, por aquel extremo de Los Arenales, en una amplia zona urbana que las gentes llamaron también como Los Perules, en alusión a lo alejada que se consideraba, tanto a aquellas tierras de la Vega de Santa Catalina como el trasmarino Perú.

Nuevas barriadas que se fueron alargando hasta llegar a la famosa finca o hacienda de Cayetano de Lugo que, asimismo quedó como topónimo y alcanzaba por el norte al barranquillo de Santa Catalina, hoy conocido como de Don Zoilo. El Parque de Doramas próximo al barranquillo se llamó en sus primeros trazados, de Santa Catalina.

Con la aplicación de las leyes de Desamortización en Canarias, por el año de 1860 se subastaron los terrenos conocidos como de Santa Catalina que medían unas 60 hectáreas y adquirió Nicolás Apolinario en 1.400 reales de vellón y que comprendían desde Las Isletas, la playa de Las Canteras, el Refugio y el Sanapur, hasta cerca del Barranco de la Ballena y Guanarteme y las montañas de arena entre los cerros del oeste y la playa de Las Alcaravaneras. Después de las dunas empezaban algunas fincas, siempre amenazadas por el constante avance de aquéllas, cuales la que era propiedad del británico mister Blandy, a la que seguía la extensa heredad de la familia también inglesa de los Wood y los terrenos ocupados por el Colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón luego adquiridos en 400.000 pesetas por el alcalde de Las Palmas de Gran Canaria nativo de Agüimes Alejandro Hidalgo Romero para situar allí las Escuelas Salesianas que todavía subsisten.

Desde la calle de Triana y el Parque de Cervantes que iba a denominarse de San Telmo se abriría una nueva calle hasta la Plaza de la Feria, que se conoció como el Paseo de Alonso Alvarado; y la que hoy lleva este nombre, de trazado paralelo, fue llamada de La Constancia. Enlazando ambas con el camino real al Puerto, Paseo de Las Victorias, nombre que conservó hasta finalizar el siglo en que fue sustituido por el de León y Castillo. Surcado ya desde 1895 por las vías férreas del tranvía, primero movido a vapor y luego por energía eléctrica, medio de transporte colectivo

muy popular cuya instalación se debió al prohombre isleño Luis Antúnez Monzón, quien también costeara la edificación de la iglesia, originariamente proyectada como oratorio familiar particular de Santa María del Pino, terminada en 1921, sobre un solar rodeado por dunas de arena, casi en el mismo sitio donde antaño estuviera enclavada la primera ermita dedicada a Santa Catalina y frente a la cual se construyó arrancando de las ruinas del castillo y en 1934 un muelle frutero llamado de Santa María del Pino, que luego fue absorbido por las instalaciones de la Base Naval.



Ermita de Santa Catalina en el Pueblo Canario

En 1910 el templo de Nuestra Señora de La Luz sustituyó a la vetusta ermita del puerto de Las Isletas y, poco después se alzó próximo al Parque de Santa Catalina el Hospital e iglesia de San José y más tarde la iglesia de San Pablo como parroquia de gran parte de la nueva barriada. Barriada proyectada una y otra vez y trazada con calles por lo general perpendiculares entre sí que, al menos hasta 1928 y según un plano de tales fechas, salvo alguna excepción, eran denominadas, las que discurrían de este a oeste con letras y las de sur a norte con números. Aunque, a partir de los años treinta y a propuesta del cronista oficial de la ciudad Carlos Navarro y Ruiz se rotularon con una serie de nombres de personalidades notables: Ripocha, General Vives, Nicolás Estévez, Tomás Miller, Grau Bassas,

Luis Morote, Padre Cueto, Alfredo L. Jones, Doctor Miguel Rosas, Albareda, Sagasta, Franchy y Roca, etc. Y, además de todas las casas consignatarias, navieras, carboneras, comerciales de origen extranjero y edificios cualificados en su tiempo cuales el Real Club Náutico, las Casas Elder y Miller, el Queen Victoria Hospital, Hotel Rayo, Towers Hotel, etc., la ya populosa barriada de Santa Catalina girando alrededor de su Parque, el Catalina Park del turismo, extranjero y variopinto, fue constituyéndose paulatina y vertiginosamente en la zona más cosmopolita de la ya alargada ciudad que, siendo una se considera dividida en Las Palmas y El Puerto por antonomasia.

La llegada masiva de turismo tanto nacional como extranjero en las décadas de los años sesenta y setenta motivó la aparición de numerosas instalaciones hoteleras por la zona así como la apertura de todo tipo de comercios y establecimientos afines que la convirtieron en un emporium turístico por excelencia.

Para terminar este apresurado comentario resumen de lo que fue y lo que es el distrito urbano de Santa Catalina en Las Palmas de Gran Canaria, vaye como colofón el encendido canto, emotivo soneto del poeta canario Saulo Torón dedicado a la sin par Playa de Las Canteras, joya refulgente engarzada en el extremo oeste de esta amplia e histórica barriada de Santa Catalina:

*Playa de las Canteras en la paz de  
verano  
un cielo transparente cubierto de  
zafiro  
y un mar cuyo horizonte orla el  
Teide lejano  
que en un lecho de arena se re-  
cuesta a dormirse.*

*De vez en cuando un vuelo pau-  
sado de gaviotas  
se eleva, como un triunfo, sobre  
el azul del mar  
y surca un trasatlántico las dis-  
tancias remotas  
reflejando en sus mástiles la irra-  
diación solar.*

*Un hálito de brisa se extiende  
mansamente  
sobre las aguas, cuando la tarde  
lentamente  
el cielo va tiñendo de un rojo  
bermellón...*

*Y surge allá, a lo lejos, donde la  
luz declina,  
la gallarda silueta de una vela  
latina  
que avanza silenciosa como una  
aparición.*

CARLOS PLATERO FERNANDEZ

Digitalización realizada por ULP-EC. Biblioteca Universitaria, 2010